

LI

Luego, cual cauto lobo que procura
Tras un robo, esconderse y desviarse,
Así ella del tumulto y noche oscura
Aprovecharse quiere, y escaparse.
Sólo Tancredo extraña su apostura,
Y sospechando, acaba de acercarse.
La vió cuando á Arimon mataño habia,
Y la marcó, y de cerca la seguia.

LII

Sus fuerzas probar quiere, porque estima
Que es hombre digno que con él combata;
Ella rodeando va la áspera cima
A otra puerta, y de entrar por allí trata;
Veloz, ántes que llegue, él se aproxima,
Y el ruido de las armas le delata.
Vuelta ella, grita: "Tú que de esta suerte
Corres, ¿qué traes?" Él dice: "guerra y muerte."

LIII

"Ambas tendrás —replica;— no rehusó
"Dártelas, pues las buscas;" y hacen alto:
Tancredo al verla á pié por no hacer uso
De su caballo, desmontó de un salto;
Cada cual á la espada mano puso;
Ira y orgullo incitan al asalto,
Y feroces se atacan, cual si fueran
Dos toros que celosos se embistieran.

LIV

Dignos de un claro sol, dignos de un pleno
Teatro, son sus hechos memorables.
Noche, que ocultas en tu oscuro seno
Y en el olvido, hazañas tan notables,
Que dél las saque de entusiasmo lleno
Mi canto deja. En siglos perdurables
Viva de ambos la fama, y en su gloria
No perezca de tí la alta memoria.

LV

Ninguno pára ó quita ó se defiende,
Ni la destreza en esta lucha es parte;
A finta ó firme ó falso no se atiende,
Que en la sombra y furor se pierde el arte;
Chocar se oye el acero que se tiende
A medio hierro, sin que un punto aparte:
Firme el pié siempre, sin parar la mano,
Ni tajo ocioso dan ni punta en vano.

LVI

La ofensa á la venganza fiera excita;
De la venganza nace ofensa nueva;
Una y otra al herir continuo incita,
Y estímulo á la cólera renueva.
Más se estrecha el combate y precipita;
No halla la espada ya donde se mueva:
Con los pomos se asestan golpes rudos:
Topan los yelmos, chocan los escudos.

LVII

Tres veces con robustos brazos ciñe
A la dama Tancredo; ella al instante
De los lazos de acero se descñe,
Que de enemigo son y no de amante.
Al hierro vuelven, que uno y otro tiñe
En sangre. Fatigado y anhelante
Cada uno, al fin, del otro se retira,
Y tras el largo batallar respira.

LVIII

Míranse. El cuerpo exangüe recargado
Cada uno al puño de su espada tiene.
Ya el brillo de los astros apagado,
Cede á la aurora que saliendo viene.
Tancredo ve al contrario más llagado,
Y que ménos herido él se mantiene:
Se alegra ufano. ¡Oh loca nuestra mente
Que infla de fortuna un accidente!

LIX

¡Miseró! ¿de qué gozas? ¡Cuán sentida
La victoria ha de ser que anhelas tanto!
Te hará verter, si sales con la vida,
De esa sangre una gota, un mar de llanto.
Viéndose así, y la lucha interrumpida,
En silencio descansan algun tanto:
Le rompe al fin Tancredo, que quisiera
Que el contrario su nombre descubriera.

LX

“Lástima es —dice— que en silencio quede
“Nuestro comun esfuerzo y valentía;
“Mas como la enemiga suerte vede
“El loor y la luz que nos debía,
“Ruégote (si en la lid rogar se puede)
“Que tu nombre me digas y valía,
“Para saber, ya venza ó sea vencido
“A quién mi muerte ó gloria haya debido.”

LXI

Responde ella altanera: “Uso es constante
“En mí el nombre ocultar; vano es tu ruego.
“Sea yo quien fuere, uno de dos delante
“Tienes que á la gran torre dieron fuego.”
Arde Tancredo en cólera flagrante.
“Dijístelo en mal hora —grita luego;—
“Y hables ó calles, que he de darte, digo,
“Bárbaro descortés, duro castigo.”

LXII

La ira torna; de guerra á las faenas
Bien que débiles, vuelven. Lucha horrible
Donde no hay arte, y fuerza queda apenas
Y á ambos reemplaza furia inextinguible!
¡Cuánta sangrienta puerta abre en las venas
De ambas espadas el herir terrible
Donde caen! Si aun vida allí reside,
Es que el coraje que se parta impide.

LXIII

Como el Egeo, aunque los recios vientos
Que le agitaron, ya vayan calmando,
No se aquieta, el sonido y movimientos
En sus hinchadas olas aún durando,
Así, aunque con la sangre por momentos
El vigor en los brazos va faltando,
Aun conservan los ímpetus primeros,
Y ménos fuertes son, no ménos fieros.

LXIV

Mas llegó ya la hora señalada
Que la vida á Clorinda quitar debe.
Al bello seno él dirigió la espada,
Que en él entra y la sangre ávida bebe.
La túnica que de oro recamada
Los tiernos pechos cubre, fina y leve,
Caliente licor baña. Palidece
Ella, y el pié le falta y languidece.

LXV

Sigue aquel la victoria, y á la herida
Virgen, va amenazando en mil maneras.
Ella al caer, con habla dolorida
Las palabras pronuncia postrimeras
De un nuevo santo espíritu movida
Con fé, esperanza y caridad sinceras
Que Dios le infunde. Si rebelde viva,
Muerta su esclava es: Él la reciba.

LXVI

“Venciste, amigo, te perdono, y pido
“Perdon, no al cuerpo, á quien temor no agita:
“Al alma; ora por ella, y condolido
“Dáme el bautismo que las culpas quita.”
Un no sé qué de suave y dolorido
En su acento, á piedad al héroe excita,
Que al pecho entrando, extingue los enojos
Y lágrimas le arranca de los ojos.

LXVII

Allí cercano murmurar se siente
 Entre el monte, un pequeño y manso río;
 Corre á él, llena el yelmo en su corriente
 Y vuelve triste al grande oficio y pio;
 Tiembla su mano, ver quiere la frente
 Y el rostro que se va tornando frío.
 Le vió y le conoció. Quedó privado
 De voz y movimiento el desdichado.

LXVIII

No murió él. Su esfuerzo más que humano
 La vida acoge al corazón entero.
 Reprime su dolor, va á dar su mano
 Vida con agua, á quien mató su acero.
 Mientras el rito cumple del cristiano,
 Tórnase el rostro de ella placentero:
 Parece que en morir se goza, y dice:
 "Se abre el cielo, y á él subo en paz felice."

LXIX

Pálida aquella faz tan blanca y bella
 Cual violeta entre lirios se veía;
 Ve al cielo, y por piedad volverse á ella
 El sol y el cielo mismo parecía;
 Desnuda y fría mano la doncella
 Al caballero, en vez de hablar, tendía
 Como prenda de paz. De esta manera
 Espira; y semejaba que durmiera.

LXX

Cuando la alma gentil él ve exhalar,se,
 Rebájase el vigor que había juntado,
 Y cede sin poder ya dominarse
 A su mortal dolor desatentado
 Que el corazón le oprime: al estrecharse
 Su vida en breve espacio, inerte, helado,
 Se ve á la muerta el vivo semejante,
 En silencio, color, sangre y semblante.

LXXI

De la vida, que ya le pesa odiosa,
 El débil lazo entónces se quebrara
 Para seguir al ánima gloriosa
 Que poco ántes sus alas desplegara,
 Si una fuerza de francos numerosa
 En busca de agua acaso no llegara,
 Que al guerrero llevó con la doncella,
 Vivo en sí mismo apénas, muerto en ella.

LXXII

Que el capitán de aquellos, aún distante
 Al príncipe conoce en la armadura;
 Se acerca, y de Clorinda ve el semblante;
 Duélese de su extraña desventura;
 Aunque la cree pagana, repugnante
 Le es dejarla á los lobos por pastura.
 Que en brazos ambos vayan recomienda,
 Y de Tancredo marchan á la tienda.

LXXIII

Del movimiento igual, pausado y suave
 No se resiente el caballero herido;
 Mas gime débilmente: así se sabe
 Que aun hay vida en el cuerpo amortecido.
 De que el otro murió dudar no cabe;
 Que está inmóvil, callado y arrecido.
 Llevan al uno y otro juntamente,
 Mas en lugar los ponen diferente.

LXXIV

Escuderos solícitos rodean
 A Tancredo y auxilios le prodigan;
 Ya sus ojos parece que algo vean,
 Y lo que le hagan sienta y lo que digan;
 Mas duda que ilusiones tal vez sean
 Que aun en su mente atónita se abrigan:
 Absorto mira; criados y aposento
 Conoce al fin, y dice en triste acento:

LXXV

“ ¿Vivo? ¿Respiro aún, y la espantosa
 “ Claridad miro de este infausto día,
 “ Testigo de la hazaña criminosa
 “ Que me echa en rostro mi maldad impía?
 “ Mano cobarde y lenta, que no osa
 “ (Aunque bien sabe del herir la vía
 “ Y muerte dar infame, detestable)
 “ Esta vida arrancarme miserable;

LXXVI

“ Que este pecho traspases, y destroces
 “ Mi corazón con duro hierro, quiero;
 “ Mas quizá usada sólo á hechos feroces,
 “ Piedad juzgas matar al dolor fiero.
 “ Viviré ejemplo, pues, de actos atroces,
 “ De amor mísero monstruo lastimero,
 “ Mísero monstruo que por pena digna
 “ De su crueldad, arrastre vida indigna.

LXXVII

“ Entre tormentos viviré y terrores,
 “ Mis justas furias, bárbaro demente,
 “ La noche temeré, que en sus horrores
 “ Mi crimen de continuo represente:
 “ Odiaré al sol que en vivos resplandores
 “ Mi espantosa desdicha hizo patente:
 “ Temblaré de mí mismo, y siempre huyendo
 “ De mí, conmigo viviré muriendo.

LXXVIII

“ Pero ¿dónde, ¡ay de mí! dónde quedaron
 “ Los restos de aquel casto cuerpo hermoso?
 “ ¿Lo que mis furias sano en él dejaron
 “ De fieras destrozó furor rabioso?
 “ ¡Oh más que noble presa! Acaso osaron
 “ Pasto hacer de ella; pasto harto precioso,
 “ ¡Infeliz! El que yo empecé salvaje,
 “ Acabaron las bestias, vil ultraje;

LXXIX

“ Mas yo hallaros sabré, restos amados,
 “ Si existís, y conmigo he de teneros;
 “ Y si esos bellos miembros devorados
 “ Fueron por animales carniceros,
 “ Que los míos por ellos sean tragados
 “ Y alimenten sus mismos vientres fieros.
 “ Tumba honrada y feliz me será aquella
 “ En que pudiere junto estar con ella.”

LXXX

Así habla el infeliz. Se le declara
 Que se halla el cuerpo allí de quien se duele,
 Y su sombría faz luego se aclara,
 Cual con lampo fugaz la nube suele;
 El lecho y el reposo desampara
 Y el cuerpo enfermo al movimiento impele.
 Con grande esfuerzo el débil paso rige
 Y á ella vacilando se dirige.

LXXXI

Luego que llega y ve en el albo seno
 La que su mano abrió, cruel herida,
 Y cual cielo nocturno aunque sereno
 Sin esplendor la faz descolorida;
 Tal tembló, que cayera si de ajeno
 Brazo no hubiera ayuda prevenida;
 Y dice: “Oh rostro que agraciara la muerte
 Puedes, mas no endulzar mi amarga suerte,

LXXXII

“ Oh bella diestra que la dulce prenda
 “ De paz y de amistad grata me distes,
 “ ¡Cuál os hallo y cuál me hallo! Oh suerte horrenda!
 “ Vosotros, suaves miembros, que sentistes
 “ Mi cólera feroz, dura y tremenda,
 “ Y de ella ahora sois despojos tristes,
 “ Mis ojos, cual la mano despiadados,
 “ Heridas que ella dió mirais osados?

LXXXIII

“¿Enjutos las mirais? Pues ser no puede
 “Vertido el llanto, que la sangre sea.”
 Cesa de hablar, y como á todo excede
 La ansia tenaz con que morir desea,
 Los vendajes y heridas rasga adrede,
 De sangre un rio corre, y él flaquea
 Y muerto habria; mas su pena acerba
 Quitándole el sentido, le conserva.

LXXXIV

Puesto en el lecho, el alma fugitiva
 Vuelta fué á los oficios que aborrece.
 La vocinglera fama contando iba
 Su duelo y desventura, y los acrece.
 Gofredo viene y larga comitiva
 De muy dignos amigos aparece;
 Mas no aquieta consejo ó ruego calma
 El obstinado afan de aquella alma.

LXXXV

Cual miembro que llagado está de muerte,
 Tocado se exaspera y crece el daño,
 Tal en el corazon duele más fuerte
 Consolarle queriendo, un mal tamaño.
 Mas Pedro venerable, á quien la suerte
 Dió aquella oveja enferma en su rebaño,
 Con palabras gravísimas su queja
 Modera, y le amonesta y aconseja:

LXXXVI

“¡Oh Tancredo, Tancredo! que modelo
 “Solias ser de seso y fortaleza,
 “¿Qué cambio miro en tí? ¿Qué denso velo
 “Te ciega? ¿Qué enflaquece tu entereza?
 “Tu desventura un nuncio te es del cielo;
 “¿No le ves? ¿No le oyes, que á la alteza
 “Te llama de virtud que ántes amaste,
 “Y la senda te muestra que dejaste?”

LXXXVII

“Y á seguir el primero oficio digno
 “De caballero de Jesus te instiga
 “Que por amar dejaste (¡oh cambio indigno!)
 “A una moza, de Dios fiera enemiga?
 “Feliz adversidad, rigor benigno,
 “Que con azote suave te castiga
 “Por tu locura, y medios de salvarte
 “Pone en tu mano. ¿Y quieres rehusarte?”

LXXXVIII

“¿Rechazarás ¡oh ingrato! el don precioso
 “Del cielo contra el cual muestras tus iras?
 “¿Dónde insensato corres y furioso?
 “De perdicion sobre el abismo giras?
 “Llegas al negro borde y espantoso
 “Del precipicio eterno, ¿y no lo miras?
 “Mira, por Dios. Contén con pecho fuerte
 “Un dolor que te arrastra á doble muerte.”

LXXXIX

Calla. En aquel, temor de muerte eterna
 De morir el anhelo debilita:
 Da lugar al consuelo, y á su interna
 Pasion, él mismo alivio solicita,
 No sin que algun gemido ó queja tierna
 Lance tal vez, que compasion excita,
 Consigo mismo ó con el alma hablando
 Que del cielo quizás le está escuchando.

XC

Cuando el sol luce y cuando está escondido,
 Con flébil voz la llama, y ruega y llora,
 Cual ruiseñor que despojar el nido
 De sus hijuelos vió mano traidora,
 Y á solas en el bosque, dolorido,
 En la noche se queja hasta la aurora.
 Al alba al fin los ojos cierra un tanto
 Y se desliza el sueño entre su llanto.

XCI

En sueños ve, de estrellas circundada,
A la amiga que llora en triste ausencia,
Muy más bella: la clara luz dorada
Adorna, mas no altera su presencia,
Y con piedad le enjuga sublimada
Los ojos, y así endulza su dolencia:
"Mírame—dice—amado de mi alma,
"Bella y feliz, y tus martirios calma.

XCII

"Gracias á tí aquí estoy. De los mortales
"De ese mundo por yerro me quitaste,
"Y con Dios y las almas inmortales
"De habitar siempre digna me tornaste.
"Yo amando, dichas gozo celestiales:
"Tú aquí el lugar tendrás que conquistaste,
"Y del gran Sol, en sempiternos dias
"Gozarás las bellezas y las mias,

XCIII

"Si no quieres tú mismo errando ciego
"Perder el cielo con fatal locura.
"Vive y sabe que te amo (no lo niego)
"Cuanto es lícito amar á una criatura."
Así diciendo, como amante fuego
Brilla en sus ojos, aunque en luz más pura;
Luego sus rayos ocultó en el cielo
Y en él vertió dulcísimo consuelo.

XCIV

Ya más calmado al despertar, se entrega
De médica asistencia á los cuidados;
Que con respeto se sepulten ruega
Los nobles miembros tanto en vida amados:
Bronce y mármol usar la suerte niega
En la tumba y artistas celebrados.
Mas la piedra y labor cuanto se puede
Se escoge, y cuanto el tiempo más concede.

XCV

Allá con luces noble comitiva
En pompa honrosa quiere que la lleve,
Y de un desnudo pino en cima altiva
Trofeo de sus armas que se eleve.
En cuanto algo recobra la nativa
Fuerza, al siguiente dia, el paso mueve
De reverencia y de piedad henchido,
Adonde yace el cuerpo tan querido.

XCVI

Llega al fúnebre, triste monumento,
Que cuanto amó su corazón cobija,
Pálido, helado, mudo, sin aliento
Casi; sus ojos en la losa fija,
Rompe á llorar, y en congojoso acento
"¡Ay de mí!—dice—¡ay cruel pena prolija!
"¡Ay tumba que amo y que venero tanto,
"Dentro mi fuego tienes, fuera el llanto!

XCVII

"De muerta no eres tú, sí de viviente
"Ceniza albergue, donde Amor reposa:
"De tí la usada llama el pecho siente
"Ménos dulce, no ménos ardorosa.
"Mis suspiros recibe y el ferviente
"Beso que baña lágrima amorosa,
"Y dálos, pues que yo no puedo (¡ay triste!)
"Al cuerpo amado que en tu seno existe.

XCVIII

"Dáselos, que si un dia acaso mira
"La bella alma el bellissimo despojo,
"No mi audacia ó tu lástima su ira
"Moverá: que en el cielo no hay enojo,
"Mi error ya perdonó. Sólo respira
"Mi corazón, si esta esperanza acojo:
"Culpa á mi mano sólo, y me tolera
"Pues en vida la amé, que amando muera.

XCIX

“ Y amando moriré. ¡Dichoso instante
 “ Cuando quiera que llegue! Y más dichoso
 “ Si, como hoy, de tí en torno vago errante,
 “ Y tu regazo acógeme piadoso.
 “ El cielo habite una alma y otra amante,
 “ Un túmulo á ambos cuerpos dé reposo;
 “ Lo que en vida no fué, sea en la muerte,
 “ Si tanto esperar puedo, en mejor suerte.”

C

Por la enemiga tierra se extendia
 De la desgracia, en tanto, rumor vago
 Confirmado despues. Con vocería
 Y llantos, se contaba el caso aciago,
 Y la ciudad sitiada se dolia
 Cual si tomada ya, ruina y estrago
 Y el enemigo fuego la asolaran
 Y por templos y casas revolaran.

CI

Arsete las miradas á sí llama
 Lastimoso en el habla y el talante;
 Como los otros, llanto no derrama,
 Que tiene el corazon como diamante.
 Mas en sus canas polvo desparrama,
 Y en el pecho se hiere y el semblante:
 Mientras á él se vuelve el pueblo todo,
 Argante llega y habla de este modo:

CII

“ Bien quise yo, cuando hube conocido
 “ Que aquella heróica dama quedó fuera,
 “ Seguirle, y corrí al punto, decidido
 “ A que igual de los dos la suerte fuera.
 “ ¿Qué no hice? ¿Qué no dije? A grito herido
 “ Rogué al Rey que la puerta abrir hiciera;
 “ Vano mi empeño fué, mi ruego vano:
 “ Nególe el que aquí manda soberano.

CIII

“ ¡Ay si saliera! Hubiera yo logrado
 “ Del peligro librar á la doncella,
 “ O con gloria mis dias acabado
 “ Hubiera, donde fin dieron los de ella.
 “ ¿Pude hacer más? Muy otro fué el dictado
 “ De los hombres, de Dios y de su estrella.
 “ Murió de fatal muerte. Está á mi alcance
 “ Lo que me toca hacer en este lance.

CIV

“ Oye, Jerusalem, lo que prometa
 “ Argante; óyelo cielo, y si faltare,
 “ Máteme un rayo. Juro que completa
 “ Venganza haré en el franco, que repare
 “ La falta de guerrera tan perfeta,
 “ Y esta espada jamas de mí separe
 “ Sin que el pecho á Tancredo á pasar llegue
 “ Y á los cuervos su cuerpo infame entregue.”

CV

Así dijo, y aplauso estrepitoso
 De la turba, acogió su juramento,
 Y bastó la esperanza al veleidoso
 Vulgo, para olvidar el sentimiento.
 ¡Cuán vano el jurar fué! Que presuroso
 Siguió contrario efecto á aquel intento.
 Éste en combate igual fué muerto un dia
 Por quien vencido y preso ver creia.